

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre...	27
Semestre...	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

No hay quince años feos.—A María, Madre de Dios (poesía).—Leyendas moriscas: la predicción.—La vida (cancion dedicada á M. A., y puesta en música por T. S.).—Quien mal anda mal acaba (cuento del siglo xvii): La hija del espadero.—La Cruz de los dos amantes: cuento tradicional.—Revista de teatros.—Modas.—Explicación del figurin.

NO HAY QUINCE AÑOS FEOS.

En los buenos tiempos en que se entablaban litigios perdurables por un quitame allá esas pajas, conocían nuestros abuelos un medio sencillísimo de transigirlos, que dejaba con un palmo de narices á los letrados, escribanos y procuradores, y libre de bregar con estos á todo el que lo ponía por obra.

Este medio tenía la autoridad de cosa juzgada, y hacia, como dice la ley de Partida, de lo negro blanco y de lo blanco negro.

Muy oscuro, si no del todo negro, era el derecho que tenía D. Pedro de la Romera y Alcócér para gozar de ciertos bienes amayorazgados, allá por los años de 1821, que poseía en Valladolid, antigua corte de nues-

tros monarcas, y que le disputaba encarnizadamente un hidalgo pobre, comendador de Santiago y primo carnal de D. Pedro. Convencido este de que la marcha lenta que llevaba el negocio le conduciría mas tarde ó mas temprano á su ruina, obstinábase no obstante en proseguirlo, y se defendía bizarramente de su contrario, valiéndose para ello de armas legales, esto es, de sendos pliegos de papel de *ilustre*, lustrosos ya en fuerza de lo manoseados y leídos.

Por espacio de algunos años los dos primos, semejantes á dos perros de presa, aun cuando sea mala comparacion, se mordieron de lo lindo, azuzados por su amor propio, y mas que por este por algunos hambrientos curiales, que veían en la duracion de aquel litigio un medio fácil y seguro de sacar el vientre de mal año.

—¡Paciencia! decía el bueno de D. Pedro sacando onza tras onza de sus arcas y suspirando profundamente: ¡paciencia! Todo esto ha de tener fin cuando el muchacho se revalide.

Y pasaban años y años, y el muchacho, que era hijo único de D. Pedro y cursaba derecho en la universidad de Valladolid, no se revalidaba, porque bajo

sus bayetas de estudiante se ocultaba un buen mozo en toda la estension de la palabra, gastador, penden-ciero, y mas dado á devaneos y á correr aventuras que á quemarse las pestañas consultando las Pandectas, el Digesto y las Siete Partidas de D. Alonso el Sabio.

El dia en que D. Pedro se convenció de que su hijo no servia para el caso; es decir, el dia en que el mancebo recibió su sétima calabaza con todas las solemnidades de costumbre, el viejo lloró, pateó, y despues que hubo pateado y llorado á su gusto, encerrado á su hijo en un oscuro aposento y puéstole á pan y agua, mandó llamar á su abogado.

—¿Cómo anda el asunto? preguntó á aquel cuando le vió entrar en su despacho.

—El asunto va de muy mala data, Sr. D. Pedro; de tan mala, ¡Dios me perdone! que creo que los señores de la Sala, al fallar en definitiva, van á dejarnos por puertas.

—¿Luego es decir que no tengo derecho para disfrutar de los bienes que me dejó mi padre (que santa gloria haya), quien á su vez los heredó del suyo, y que han venido así de padres á hijos desde las Comunidades de Castilla?

—Lo que es derecho no nos falta que digamos; pero á veces, como nos sucederá ahora, la balanza suele inclinarse del lado del que tiene menos razon, y por eso temo que los magistrados...

—Basta y sobra, señor licenciado, que por lenguas como la de V. gozan las gentes de justicia de tan mal concepto para el vulgo, y andan en boca de este palabras y juicios que no son para dichos. Si pierdo mi pleito, no será por otra causa que porque así lo quieran la voluntad del cielo y la justicia de la tierra. ¡Ea! Vaya V. con Dios, y que no vuelva á verle por esta casa en todos los dias de mi vida.

—Pero Sr. D. Pedro, observe V....

—Nada, nada, amigo mio; lo dicho, dicho, y la jaca á la puerta, como dice el refran; vaya V. con Dios, que yo quedo rogándole para que le proporcione á V. clientes con resignacion para aguantarle y con dinero para satisfacerle.

Salió refunfuñando el letrado, y refunfuñando quedó D. Pedro, el cual, al cabo de un rato, dirigiose á un estante, sacó de este un libro de tafelete encar-

nado con abrazaderas de oro, y sentándose en su cómodo sillón de baqueta, lo abrió diciendo:

—Será indispensable echar por otro camino, si no quiero verme arruinado.

El libro que D. Pedro de la Romera y Alcocér tenia entre sus manos, encerraba los blasones, las ejecutorias y el árbol genealógico de su familia. Si el tronco comun de las ilustres ramas de la Romera, Alcocér y Barbadillo hubiera podido ver por un momento el torvo ceño y el irritado semblante de su descendiente, seguro es que se habria estremecido de terror en su sepulcro de la iglesia mayor de Valladolid, donde reposaba hacia tres siglos.

Despues que nuestro viejo hidalgo hubo consultado durante algunos minutos el árbol genealógico de sus progenitores, cogió la campanilla del escritorio, y la agitó con fuerza.

—Baltasar, dijo al criado que acudió al llamamiento; toma esta llave, abre el cuarto oscuro donde está encerrado el señorito, y di á este que venga al instante.

Poco despues se presentó en la puerta de la habitacion un gallardo mozo como de diez y ocho á veinte años, que desde el dintel preguntó con voz temblorosa y sin levantar los ojos del suelo:

—¿Llamaba V., padre?

—Sí, Carlos; entra, y siéntate, que yo te lo mando.

Carlos se aproximó á un taburete, y aguardó para sentarse á que su padre se lo ordenase de nuevo.

D. Pedro, dando á sus palabras y á su semblante toda la severidad posible, comenzó de esta manera:

—Despues de lo ocurrido hoy contigo...

—Padre, crea V. que ha sido una injusticia; el catedrático de derecho romano me tenia entre ojos, y...

—¡Punto en boca, seor deslenguado! exclamó lleno de cólera D. Pedro; chiton, y no ofendas con tus necias palabras á hombres que peinan canas y que están revestidos de un sagrado carácter. Por una desvergüenza igual he estado á punto hace un instante de tirar por la ventana á mi abogado don Judas.

Carlos bajó la cabeza, y se llevó el pañuelo á los ojos, pues en aquella época todavía los hijos, por talluditos que fuesen, lloraban delante de sus padres, ó al menos lo fingian.

—Estoy en los últimos años de mi vida, prosiguió D. Pedro, y espuesto á morir de hambre; nuestro pleito, si no se ha perdido, se perderá, y es preciso evitar semejante desgracia por medio de una transacción honrosa. Mirando prudentemente por tu porvenir, ya que tú no has sabido aprovechar una carrera en la que podías ganar decorosamente tu vida, he pensado en casarte, y la mujer que te destino es tu prima segunda, la hija única de D. Fernando de Barbadillo é Hinestrosa.

—¡Isabel! exclamó Carlos con sorpresa y mal encubierto disgusto.

—La misma.

—¡Padre, es tan fea!

—No es una pintura como esas presumidas que traen vuelto el seso á los jóvenes, y que lo parecen por los afeites y las galas de que se cubren. Isabel es honrada, modesta, muy mujer de su casa, y si no es bonita, en cambio tiene quince años no cumplidos. Ya sabes que no hay quince años feos.

—Los de Isabel, padre.

—En suma, fea ó bonita, es mi voluntad que te cases con ella, y te casarás, mal que te pese.

—Haré lo que su merced me ordene, contestó Carlos con humildad y besando la mano de su padre.

En aquella época el respeto filial llegaba hasta tal punto, que ningún hijo titubeaba en obedecer el acuerdo tomado por sus padres, por mas absurdo y tiránico que fuese, ni en sacrificarse por la felicidad de aquellos si era necesario. En nuestros tiempos es otra cosa: jóvenes hay, y muchos por desgracia, que puestos en la situación de Carlos, preferirían ver morir de miseria á los que les dieron el ser, antes que contraer un matrimonio á disgusto. Felizmente para estos jóvenes, los pleitos van escaseando de día en día, y no es muy comun el que, para transigirlos ó terminarlos, se acuda al medio extremo de que se valió D. Pedro de la Romera y Alcocér para dar fin al largo y costoso litigio que venia sosteniendo con su primo carnal D. Fernando de Barbadillo é Hinestrosa.

Casáronse al fin y al postre Isabel y Carlos, y no hay para qué decir que la luna de miel no fue ni muy larga ni muy dulce para el último. Muy pronto

no hizo caso maldito de su esposa, y viéndose joven, rico y buen mozo, entregose á la vida libre y disipada que tenia cuando era estudiante. Jugaba, se embriagaba, reñia hasta con su sombra, y no habia muchacha en Valladolid á la que no cortejase.

Entraba á deshora en su casa, y siempre hallaba á Isabel esperándole, á Isabel, que aun cuando fea, era para su esposo tierna, cariñosa, prudente y sufrida. Para todos cuantos la trataban pasaba aquella pobre niña por una santa y por una mártir.

Trascurrieron así nueve meses, y Dios bendijo una union que prometia ser tan desgraciada, concediendo á los dos esposos una hija. Desde entonces Carlos varió de conducta; abandonó sus vicios, apartose de las malas compañías, y pasaba las horas muertas en su casa sentado al lado de su mujer y teniendo sobre las rodillas á la hija de su corazón.

—¿La quieres mucho, Carlos? le preguntó Isabel una noche, señalando á la niña, que sonreia entre los brazos de su padre.

—La quiero tanto, que daria por ella mi vida: ¿y tú, Isabel, la quieres?

—Estoy loca con mi niña, Carlos; es tan hermosa, y luego se te parece tanto, que es una maravilla.

—¿Que se me parece? ¡Vaya! No digas eso ni en broma, mujer; es una estampatuya.

—Yo soy fea, Carlos, dijo sonriéndose la joven y cariñosa madre: yo soy fea.

—Y sin embargo sus ojos negros son como los tuyos, su boca es pequeña, y su color sonrosado, como tu color y tu boca.

Carlos tenia razon de sobra: su hija era una estampa de Isabel, que, como todos decian, *era fea*; á pesar de esto, aquella niña que tenia los ojos, la boca y el color de su madre, parecia á Carlos un ángel bajado del cielo.

Si alguna vez, querido lector, te ves obligado á casarte para transigir el pleito de familia, como sucedió á nuestro héroe, no te apesadumbres si tu mujer es fea; seguro estoy de que te parecerá muy hermosa cuando veas retratadas sus facciones en el semblante de tus hijos.

Esto sucedió á Carlos, que vivió feliz y dejó á su muerte una dilatadísima prole.

Razon, pues, tenia D. Pedro para decir á su hija:
No hay quince años feos.

LUIS ESCUDERO Y PEROSO.

A MARIA, MADRE DE DIOS.

¡A dónde alzar los ojos, si no es á tí, Señora,
Que tienes un tesoro de dulce compasion!

Á tí, que siempre alivias á quien doliente llora,
Cerrando las heridas que causa la afliccion.

Á tí, divina fuente de plácida alegría,
Manando en mil raudales que aliento al débil da,
Á tí, mar de consuelos, en donde el alma mia,
Sumida en honda pena, á sepultarse va.

Ante tus pies depongo cuanto sufrí en el mundo,
De crueles desengaños, de olvido, de desden:
En nuestra vana dicha tan solo hay de profundo
El pálido recuerdo del ilusorio bien.

De todo lo que ardientes amamos algun dia,
Nos queda solamente hastío y ansiedad;
Trocamos la ventura por la ilusion vacia;
Hallamos la mentira buscando la verdad.

En la tortuosa senda de la azarosa vida,
Fuera de Dios buscamos la dicha terrenal:
Parece que tentamos al cielo, y la caida
Bien pronto nos advierte la lucha desigual.

En vano al torbellino que arrastra á las pasiones
Su dique poderoso opone la razon:
Seguimos el torrente que abunda en ilusiones,
Sin ver comprometemos la paz del corazon.

Y luego, ¡qué tenemos de aquello que soñamos,
Si al tiempo que la dicha nos vaya á coronar,
Hacemos un esfuerzo, en él nos despertamos,
Y en nuestra propia nada volvemos á quedar!

Tú, Reina de la altura, puedes hacer piadosa
Que mi soñada dicha no quede en ilusion,
Si al tiempo que despierte me muestras bondadosa
El rayo de tus ojos bañando mi razon.

De todos sus tesoros, magníficos caudales
Entre tus manos puso benigno el Criador:
Su voluntad postrera te legó los mortales
Por hijos, con derechos á tu sagrado amor.

Mira, Señora mia, si puede tu clemencia
Desoir el lamento que implora tu poder,

¡Si el soplo no sentimos, feliz de tu influencia,
Que somos entregados á nuestro propio ser!...

JOAQUINA DE CARNICERO.

LEYENDAS MORISCAS.

I.

LA PREDICCION.

Por los moriscos ajimeces del gran palacio árabe de la Alhambra se veian brillar resplandecientes luces, y desde los bosques que le circundan se oía el murmullo de la nobleza morisca reunida en sus salones para celebrar la venida del alcaide de Málaga, que traía á Abu-Abdalá-Jusef gratas nuevas de don Enrique II y un magnífico regalo, consistente en seis caballos valientes enjaezados con esmero.

Las mantas de estos caballos hubieran bastado para labrar la fortuna de algunos seres, y sus ricos arreos de plata y oro hubieran hecho asomar la mas espresiva sonrisa en los labios de un avaro.

Pero no era esta grata espresion lo que mas agradecia el Rey moro de Granada; eran las treguas que el cristiano Rey le concedia y las gracias que le enviaba con el walí malagueño por la libertad que diera á los hidalgos cristianos cogidos en las inmediaciones de Quesada, donde fue asesinado Pedro Lopez Dávalos, alcaide de aquella villa, en una sorpresa que le dió Aben-Abib, capitan morisco, que con doscientos ginetes cargó sobre los cristianos, no preparados por cierto á este inesperado ataque.

Allí quedaron tendidos, muriendo como valientes, no solo el caballeresco alcaide, sino los nobles señores D. Juan Sanchez de Molina, D. Luis Fernandez Tropera, é ininidad de arrojados hidalgos que se defendian desesperadamente, pero que, no aguardando esta lid, apenas tuvieron armas, ni arreglo, ni disciplina.

Reunido el concejo de Úbeda, clamó venganza á su Rey, y mal lo hubieran pasado los atrevidos moriscos, á no ser porque importaba á D. Enrique II el rescate de los nobles caballeros que lloraban encerrados en las torres de la Alhambra su perdida libertad.

Las esposas, las madres y hermanos de estos desgraciados, reunidas y llorosas, partieron para la corte, y no solo enternecieron el ánimo del Rey, sino que les dió su formal palabra de devolverles aquellas prendas de su amor, á costa de sacrificios.

El sensible Abu-Abdalá concedió cuanto se le pedia, y el pueblo quedó contento cuando vieron partir los valientes andaluces á los hogares perdidos.

Abu-Abdalá lloró de gozo viendo el entusiasmo que los moriscos sentían por él, á la vez el concepto de bueno que merecía á los cristianos, y asomado á sus ajimeces, vió partir la cabalgata con la mayor alegría.

Los alcaldes, los wálies y los nobles se reunieron aquella noche en el salón de comares para celebrar la paz, prometiéndose la tranquilidad tan deseada que el reino pedía, con aquel Rey magnánimo á la vez que justiciero.

Los divanes se hallaban ocupados por hermosas moriscas, y una agradable música sonaba en las galerías.

Los caballeros salieron del gran salón á pasear por los jardines, y mientras aquellas fantásticas mujeres empezaron sus danzas al compás de dulcísimas guzlas y de peregrinos cantos.

Una hermosa morisca se acercó á un ajimez, y prestó atento oído; pero lo que quería escuchar no llegaba hasta ella.

Su hermoso seno latía, y sus ojos demostraban la impaciencia y el temor.

Sus labios, como dos corales brillantados, sonreían al parecer; pero su alma lloraba, y sus ardientes pupilas buscaban desde el ajimez lo que las sombras de la noche escondían á su ansiedad.

Oriunda del África, era vehemente, apasionada y terrible.

Por un cabello del que amaba hubiera ella dado la luz de sus ojos, y por una de sus miradas se habría arrastrado á los pies de su más mortal enemigo.

Era de esos seres del Desierto que creen que está maldito de Alá el que no muere de amor, sacrificando su vida tan solo por un capricho del caballero que adoran.

El perfume de los jardines, aquel punzante olor á

azahar y á mil yerbas aromáticas que esparcían los bosques en medio de aquel oasis, llegaba hasta ella aumentando su pasión.

Parecía que hasta las flores se complacían en encender en su pecho un amor cada vez más creciente, cuanto más imposible debía ser para ella.

Sus blancas y peregrinas manos se entretenían, en medio de su impaciencia, en separar los hermosos cabellos de sus transparentes sienes, como si pesasen sobre ellas una diadema de plomo.

Su túnica de raso blanco, bordada de color violeta y rizada sobre el pecho, no impedía que se pudiesen contar los latidos de su apasionado corazón.

—¿No bailas, hija de Zulema? le dijo otra hermosa mora apoyando su mórbido brazo sobre la desnuda espalda de la joven morisca.

—El calor de los pebeteros me ahoga, y he venido á respirar otro aire que no esté impregnado por esos braserillos y por esas luces.

—Sin embargo... cualquiera diría que sufres cuando no tomas parte en la danza, tú, las más hermosas de todas las damas convidadas á este festín.

—Es que veo oscurecerse por momentos las glorias de los Aben-Hudes, los Omiades y Almoravides, valientes razas que se han extinguido, dejando el puesto á la traición y el engaño.

—Por Alá que una niña tan bella como tú no está bien que sea fanática como un necio alfakí, deseoso siempre de predicciones funestas.

—¿Ves aquella estrella con un círculo rojo que se divisa allí por encima de los avellanos?

—Sí, querida Zulema; sí la veo.

—Aquella estrella trae la guerra y el esterminio sobre la cabeza de Aben-Abdalá, ese Rey querido del pueblo, ese heredero de Mohamad I, á quien hoy tributa adoración tremolando banderas á su nombre, y á quien mañana arrancará la corona de las sienes y el manto de los hombros, para ponerlo sobre un criminal, sobre un maldito del Profeta.

—¿Zulema, ven á los jardines! El fresco de la noche arrancará de tu oprimida mente esas ideas de luto. ¿Quién ha podido infundirte tan perniciosos pensamientos?

—Zulema no necesita que la voz del profeta le

ilumine. Zulema lee en el porvenir. Su mirada nunca se equivoca. Sus sueños son presagios.

El musulme será el asesino del musulme, y en vano un generoso corazón luchará con esfuerzo: las turbas se armarán, y ¡ay de aquel día! ¡Infeliz Abu-Abdalá! ¡Espíritu grande! ¡Rey superior, bueno, compasivo, amante!... Tu cabeza apenas podrá sostenerse sobre tu cuerpo desalentado!

—¡Silencio! ¡Silencio por Dios! ¡Tu delirio nos puede comprometer, amiga mía!... Tú padeces: tu cabeza está enferma, y tus manos despiden febriles ardores. ¿Qué tienes? ¿Quieres llorar? ¿Quieres que vayamos á sentarnos al pie de un ciprés ó entre el arroyo de los jardines, y que refresque tu cabeza con alguno de esos surtidores que parece despiden perlas de continuo, según lo cristalino de sus aguas?

—El agua que arrojaras en mi cabeza no apagaría el fuego de mi corazón. Sobre las sierras que guardan los volcanes caen los torrentes de continuo y no los apagan.

De en medio del mar se han levantado los Vesubios, y sobre una quemada fortaleza ha venido á derramarse un manantial, sin que vuelvan á su natural estado los devorados tizones.

Las llamas que una vez se elevan, podrán extinguirse, pero ya dejan calcinados los cimientos.

—Algun genio fatídico se mece sobre tu cabeza, amiga mía; ¡ven, ven y danzaremos! La agitación del baile apagará ese delirio.

—¡Sí, sí, llévame con ellas! ¡Confúndeme en su alegría! ¡Todas parecen felices! ¡Yo también quiero serlo!.....

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

LA VIDA.

CANCION DEDICADA A M. A., Y PUESTA EN MÚSICA
POR T. S.

I.

Hoy la vida

nos convida

con sus sueños de placer y amor.

Su alegría

dura un día,

cual aroma de fragante flor.

II.

La alegría

duró un día,

cual aroma de fragante flor.

Ya la vida

no convida

con sus sueños de placer y amor.

III.

Flor temprana,

ya mañana

sus perfumes perderá el amor,

y una historia

la memoria

tendrá solo de la triste flor.

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

QUIEN MAL ANDA MAL ACABA.

CUENTO DEL SIGLO XVII.

El oficio á quien traidor

El corazón le quitais,

Dice quién sois, pues quedais

Sin él, Correo Mayor.

El ser ladrón del honor,

Que bárbara lengua infama,

Según lo que el mundo aclama,

Os puso en tan triste suerte;

Que es justo que den la muerte

Al que fue ladrón de fama.

(JUAN DE JÁUREGUI.)

LA HIJA DEL ESPADERO.

I.

Nos encontramos en Madrid, y es ya entrada la noche de un frío día de invierno del año 1618.

La puerta de una casa de regular aspecto, en la sombría callejuela de San Ginés, se abre, y un hombre que aparece en el umbral dice, dirigiéndose al interior:

—Adios, hija mía; no tardaré en volver: ¡cierra bien.

—Id con Dios, padre mío, y tornad presto, que

mucho me duele veros salir á estas horas, en que las calles se ven inundadas de rufianes y ladrones, respondió la dulce y argentina voz de una joven.

—Es cierto, Ana, pero tornaré presto; el señor duque me llamará, de seguro, para hacerme algun encargo, y S. E. es un parroquiano que paga despacio, pero que manda de prisa. Así, ya verás, hija mía, cómo despacho pronto; por lo demas, no tengas cuidado; llevo espada y daga al cinto, y los años no me han arrebatado todavía el brío y la destreza: conquese desecha el miedo, corre bien el cerrojo, y hasta ahora.

—Id con Dios, señor.

La puerta tornó á cerrarse, y nuestro interlocutor, calándose el embozo, se aventuró á largos pasos por la callejuela.

Aquel hombre era maese Andrés, uno de los espaderos de mas fama en la corte.

Los progresos que habia hecho en su arte, unidos á su honradez y economía, le adquirieron un renombre tal, que lo mas lucido de la nobleza acudia á proveerse de armas en su casa, cuyos talleres competian, sin duda alguna, con los mas reputados de Milan.

Nada, pues, tenia por este lado que pedir á la fortuna, y su dicha hubiera sido completa si sus asuntos de familia hubiesen marchado de consuno con los progresos de su oficio.

Pero no habia sido así, por desgracia.

La felicidad nunca es completa en la vida, y sabido es que junto al placer se halla la pena, y detras de la risa se encuentra el llanto.

Maese Andrés vió prosperar su casa, aumentarse considerablemente su caudal; pero al mismo tiempo miró tambien descender al sepulcro á su esposa al dar á luz el primer fruto de sus amores, y aquella desgracia acibaró sus dichas, desgarrando con un dolor inmenso su alma.

Pero así como en el mundo hemos dicho que no existe alegría sin amargura, tampoco existe pena sin consuelo; y la Providencia, al arrebatarle aquella dulce compañera á quien con tanto cariño amaba, le dejó para mitigar sus dolores los encantos y la hermosura de su tierna hija, en quien cifró el desconsolado espadero toda su esperanza, toda su alegría.

En la época que empezamos nuestro cuento, hacia ya diez y siete años que Andrés era viudo, y su hija Ana, rica en gentileza y hermosura, era un fiel trasunto de su difunta madre.

Labrarla una fortuna regular y unirla á un hombre honrado y laborioso, eran las solas aspiraciones de su cariñoso padre; aspiraciones que veia ya bien próximas á realizarse el espadero, pues su caudal no tenia nada de escaso, y la boda de su hija estaba concertada, para de allí á tres meses, con el joven Alonso Mateo, uno de los mejores oficiales de su casa, y al que, por sus buenas cualidades, profesaba, tanto el maestro como su hija, un gran cariño.

Dados, pues, estos antecedentes, prosigamos nuestro cuento.

Apenas habia desaparecido de la calle el padre de Ana, cuando un hombre, que embozado hasta las cejas se hallaba escondido en el dintel de una puerta de la opuesta acera, salió en medio del arroyo y lanzó un tenue y casi imperceptible silbido.

Aquel silbido era una seña, pues aun no se habian estinguido sus ecos, cuando penetró en la calle otro embozado, detras del cual seguian cuatro robustos jayanes conduciendo una litera.

El que hizo la seña salió al encuentro de los recién venidos, y acercándose al encubierto, le dijo:

—Esta es la ocasion oportuna, señor conde. Mi recado de esta tarde ha producido el mejor efecto. Maese Andrés ha partido á casa del duque sin sospechar el engaño, y su hija se encuentra sola.

—Sois el truhan mas redomado de Madrid, Montino, astuto como un zorro, y el único para esta clase de empeños.

—¿Qué hemos de hacer, señor conde? No poseo mas bienes que mi ingenio y mi espada, y en los tiempos que corren preciso es aguzar uno y tener lista la otra si se quiere vivir con holgura.

—Es verdad; pero ahora nos falta la segunda parte.

—Perded cuidado; dentro de pocos instantes Ana estará en vuestro poder; dejadme obrar, y yo os fio que la segunda parte de mi proyecto tendrá un éxito tan feliz como la primera.

Y terminando así de hablar, se acercó con paso

resuelto á la puerta del espadero, y llamó repetidas veces con precipitacion.

—¿Quién es! contestó la voz argentina de Ana.

—¿Es esta la casa de maese Andrés el espadero, no es verdad? preguntó nuestro hombre con acento acelerado.

—Sí, señor, respondió Ana.

—Pues bien, señora: decid á su hija que haga el obsequio de bajar, que han herido gravemente á su señor padre en esa calleja cercana, y le venimos conduciendo en esta litera, de orden del señor duque de Lerma.

—¡Padre de mi alma! exclamó Ana con acento desgarrador, engañada por las fingidas frases de Montño.

Y abriendo apresurada la puerta, se dirigió hacia la litera gritando:

—¡Padre mio! ¡padre mio!

Pero al acercarse á la puertecilla, se sintió asida por dos robustos brazos.

—¡Socorro!... ¡socorro! gritó con ahogado acento, cayendo sin sentido.

(Se continuará.)

JULIAN CASTELLANOS.

LA CRUZ DE LOS DOS AMANTES.

CUENTO TRADICIONAL POR

D. MANUEL IBO ALFARO.

Dedicado á su querido primo D. Baldomero Gonzalez del Campillo

(Continuacion) (1).

Yo me sonreí al escuchar tan rústico símil, pero mi compañero continuó muy entusiasmado en su narracion.

—Causaba admiracion la arrogancia con que Arturo se embozaba en su bohemio de terciopelo negro; la gallardía con que la pluma temblaba sobre su ancho sombrero, y la donosura con que asomaba la punta de la espada por el borde del bohemio.

Para no hacerme molesto en mi relacion, le diré á V., caballero, en pocas palabras, que Arturo iba á cumplir veinte años; que tenia un corazon noble; y un jóven de veinte años y de noble corazon es imposi-

ble que no rinda sus sentimientos al influjo poderoso del amor.

—¿Arturo amaba? me apresuré á preguntarle.

—¿Y por qué no habia de amar? me contestó el anciano con la voz de la naturaleza. ¿No aman los alcarabanes en el valle? ¿No aman los corzos en el bosque? ¿No aman los zagales en el monte? Pues ¿por qué no habia de amar el gallardo Arturo, que era tierno como los alcarabanes, fogoso como los corzos é inocente como los zagales de su aldea?

—Pero ¿á quién amaba Arturo? le repliqué yo: los hidalgos han sido por lo comun orgullosos: entre el noble y el plebeyo han visto siempre una valla impenetrable. D. Nuño, que á no dudarlo estaria nutrido con estas rancias ideas, no podria permitir que el único vástago de su estirpe ni aun siquiera pensara en mezclar su sangre con la de una zagala.

—Es verdad, me interrumpió mi compañero con énfasis.

—¿Habia acaso en la aldea una mujer digna de Arturo á los ojos de D. Nuño?

—Y muy digna, contestó mi amigo con aire de triunfo.

Esta contestacion selló mi labio, pero encendió en mi pecho la curiosidad.

—¿Ve V. aquel castillo arruinado que aun se levanta majestuoso en medio del pueblo? prosiguió mi compañero volviéndose con dignidad y tendiendo el brazo hacia Peroniel.

—Lo veo, contesté yo: parece el cetro quebrado de un Rey gigante que murió, ó el monumento fúnebre de una generacion gloriosa que concluyó.

—Pues ese cetro quebrado, ó ese monumento fúnebre, como V. lo llama, en el que solo podemos nosotros contemplar algunas murallas mustias y solitarias que los siglos han respetado, y donde las palomas silvestres ó el águila depositan su nido, fue un tiempo un magnifico castillo, cuyas ventanas descubrian ricas colgaduras de seda y terciopelo, cuyas escaleras eran de mármol bruñido, y cuyas cámaras estaban adornadas con alfombras traídas del extranjero, con tapices de terciopelo carmesí en las paredes, con lámparas de plata en los techos, con mesas, con sillas doradas, con jarrones de flores, con todo lo mas bello y mas costoso que la imaginacion

(1) Véase el número anterior.

del hombre puede concebir. Pues este castillo que, santiguándose de admiración, decían nuestros abuelos que mas parecia palacio de reinas moras encantadas que castillo de mortales habitado, ¿sabe usted quién lo ocupaba?

Yo me encogí de hombros.

—Lo ocupaba la hermosísima Sofia, llamada por los habitantes de la aldea y por los pastores de las comarcas el *Pájaro sin alas*, la *Paloma sin hiel*, el *Ángel aparecido*.

—¿Y Sofia era la joven á quien amaba Arturo? pregunté yo admirado.

—Ni mas ni menos, contestó mi compañero; Sofia era á quien amaba Arturo con mas amor que el ave enjaulada ama la libertad, con mas amor que el cerro sediento ama las cristalinas aguas de la fuente; y el señor hidalgo D. Nuño, aunque apreciara mucho la nobleza de su sangre, como V. mismo ha dicho antes, y en mucha estima tuviera la dorada espuela de su escudo, bien satisfecho se encontraba de estos amores, porque, como anciano ducho y hombre entendido que era, aunque con nadie, ni aun con su amigo el señor cura, hablaba de semejante asunto, ya comprendía él en sus adentros que circulaba por las venas de Sofia sangre azul, y que muy alta, y aun á Reyes allegada, debia ser la estirpe de donde aquella joven descendiera.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

Dos palabras sobre el coliseo de Oriente.—MARGARITA, zarzuela en tres actos y en verso, letra del señor Olavarría, música del Sr. Moderatti.—*Estrenos en el Circo.*—EL PEDESTAL DE LA ESTATUA, drama en dos actos y en verso, original de D. Roque Barcia.

El teatro, en la quincena última, ha tenido vida animada.

¡Qué turbión de estrenos! ¡Cómo se conoce que la atonía de la Cuaresma se pinta sola para disipar el estupor soñoliento de las empresas!

La de la Ópera, á vuelta de una porción de cábalas y de combinaciones, ha reforzado su *troupe* con el tenor Nicolini y la Sra. Charton Demeure. ¿Y para

qué? Para representar la *Traviatta*, una de las obras conocidas hasta la saciedad, casi desdeñada ya por los mas intrépidos y fogosos *dilettanti*. ¿Cuándo trata la empresa de variar el programa de todos los años, salir del círculo de hierro en que se ha metido, exhumar algunas de las partituras de los grandes maestros, desconocidas de nuestro público, y, en una palabra, hacer algo nuevo aunque sea viejo?

Bien venido el tenor Nicolini, cuyas facultades artísticas nos complacemos en reconocer y elogiar; pero hágase mejor empleo de sus talentos asociándolos á la interpretación de obras que los favorecedores del regio coliseo desean apreciar.

Nada diremos de las anomalías que viene cometiendo la empresa de algun tiempo á esta parte en la distribución de papeles. La Sra. Borghi-Mamo, proclamada artista de primer orden por un veredicto general, se presenta haciendo menos de lo que puede, valiendo menos de lo que vale, descendiendo á partiquina ó racionista. ¡Y por Dios qué es injusticia inalicable! En cuanto á la Sra. Charton Demeure, recordamos que en la ópera bufa ha rayado siempre á grande altura, que sabe desempeñar encantadoramente *spartittos* del corte de *La Hija del Regimiento*, que en *Trovador* y *Traviatta* se ostenta mas inferior, y que por lo mismo no debe salir de su género. Á estas anomalías se puede añadir que Fraschini, artista cuya fama descansa en la robustez de sus pulmones, ha tomado parte en *Lucía* y *Favorita*, dos idilios á cual mas tiernos, á cual mas dulces y melancólicos, resultando especialmente que, en la primera de estas dos óperas, le oímos cantar el aria final sin delicadeza, sin pasión, sin sentimiento, buscando el efecto en lo desaforado de los gritos, y estropeando por consiguiente uno de los cantables de mas gusto que ha producido el divino arte.

Á la ilustración de la empresa remitimos la consideración de estas sencillas observaciones, hijas de un buen deseo, y muy en armonía con lo que á la razón conviene.

Vengamos al teatro nacional.

El de Novedades arrastra una existencia feble, doliente, valetudinaria, á pesar de los esfuerzos de Ceferino Guerra, actor muy apreciable, que desplega una actividad digna de mejor fortuna. El público

se ha desviado tan por completo de aquel coliseo, que es una verdadera desgracia, á la cual se asocia mas injusticia que razon.

En Jovellanos se ha verificado el estreno de una zarzuela en tres actos, y en verso, nominada *Margarita*, arreglo del Sr. Olavarria, música del Sr. Moderatti.

El autor de este arreglo, cuyo original es debido á la pluma del fecundo Scribe, ha hecho un trabajo bastante recomendable por la forma, por la correccion y por el esmero del lenguaje. El asunto no ha sido manejado con tanto acierto, y de aquí que la obra en conjunto resulte lánguida, fria, monótona, casi trivial por lo mucho que descende en el último acto. La música es superior al libreto. El Sr. Moderatti ha escrito piezas de muy buen corte, y es lástima, por cierto, que hayan perdido su efecto por las malas condiciones del libro.

El Circo nos ha presentado tres novedades. Dos piezas en un acto y en verso, del Sr. Nogués, tituladas *Al año de estar casado* y *Las dos iniciales*. La tercera novedad fue una comedia en tres actos, original del Sr. Santistéban, nominada *El enemigo en casa*. De las dos comedias del Sr. Nogués, la primera es de un cómico agradable: está regularmente meditada, y escrita con alguna correccion. El asunto no es nada nuevo, ni la trama complicada; pero abunda en chistes de buen gusto, y hay en ella escenas desempeñadas con notable acierto. El autor de este facilísimo juguete ha demostrado en él mas talento que ingenio; no nos parece muy aventurado decir que si estudia con fe, si no descuida su perfeccionamiento, llegará á trabajar con provecho para el teatro.

De su segunda obra, *Las dos iniciales*, no podemos hacer tan cumplido elogio: ni es original, ni es buena. Está escrita con desaliño, y resulta grotesca, mal hilbanada, desabrida. Sus chistes son de una transparencia de mal género. Se conoce que el señor Nogués ha trabajado en ella al vapor, y es preciso conocer que nada sale bien cuando se hace á destajo. El actor Sr. Miguel saca de esta comedia mucho partido, y es una de las obras donde mejor se ha colocado en carácter.

La comedia del Sr. Santistéban nominada *El ene-*

migo en casa, obtuvo un éxito regular en el beneficio de la Hijosa.

Es una obra de buenas condiciones, ligera, chispeante, escrita con desenfado, llena de sales cómicas y versificada con espontaneidad. Carece de importancia: es lo que en realidad se puede llamar una bonita comedia, una comedia de gracia, destinada á proporcionar al público algunas horas de deleite.

Tampoco es original en absoluto el pensamiento de la última obra del Sr. Santistéban: lo que le pertenece por completo es la forma, y en honor de la verdad debemos decir que es admirable.

Los caracteres principales de la obra distan mucho de aparecer bien delineados: es una falta que oscurece su mérito; pero en cambio los tipos de Luisa y Carlos llenan hasta cierto punto el vacío que dejan los otros, y consiguen hacerse interesantes. El acto tercero de esta comedia es inferior al primero y al segundo.

Hemos de tomarnos la permission de hacer notar al Sr. Santistéban las dificultades que ofrece amalgamar el elemento cómico con el dramático. Este ha sido siempre el caballo de batalla de los grandes autores, y solo los maestros han acertado á conseguir la palma á fuerza de fuerzas. Huya el Sr. Santistéban de ese terreno tan resbaladizo, donde el autor cae con la mayor facilidad, y puesto que demuestra brio, intrepidez y feliz descoco para cultivar la comedia pura, no se meta en dibujos que pueden costarle caros, y consagre á *Thalia* exclusivamente la actividad de su claro talento.

Para terminar esta revista vamos á examinar brevemente un drama en dos actos y en verso, original de D. Roque Barcia, intitulado: *El pedestal de la estatua*, representado en Variedades la semana última.

Esta obra es apologética: el protagonista es el escritor mas esclarecido que ha figurado y figura en el parnaso español, el príncipe de nuestra literatura, Miguel Cervantes Saavedra.

Digno de aprecio es el trabajo que ha hecho el Sr. Barcia, y no hemos de dejar de encarecerle, por la brillantez de las formas, la valentia del estilo y el vigor del lenguaje; pero el drama apologético necesita condiciones mas superiores; raya poco menos que

en lo imposible, y de tal manera se resiste á las proporciones de la escena, que apenas se encuentra un modelo bien acabado.

Y de suyo ofrece asperezas que detienen al genio ávido, ningunas tan insuperables como aquellas que se presentan cuando se trata de pintar una de esas figuras del mundo intelectual, que se han immortalizado por su enorme grandeza. En este concepto, el drama del Sr. Barcia, aunque bien escrito y regularmente meditado, es incompleto, pequeño, mezquino, insignificante, no tanto por culpa del autor, como por la índole del asunto que entraña.

La figura de Cervantes no cabe en la escena, es de una talla colosal: únicamente presentándola como lo ha hecho el insigne Serra en su *Loco de la guardilla*, es cómo se puede sacar de ella algun partido. Lo demás es malgastar el tiempo inútilmente.

En este drama hicieron laudables esfuerzos los actores de Variedades, especialmente Mario y Oltra. El autor fue llamado al final de la representación.

L. A. HERRERO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La moda ejercita admirablemente la inteligencia de los fabricantes y de las modistas. Van en competencia á ver quién acertará á conseguir lo mas admirable, lo mas atrevido y lo mas deslumbrador, si quiera fuese preciso confeccionarlo con los rayos del sol ó iluminarlo con la suave claridad de la luna. Los trajes de convite á la orden del día son en tul ó gasa centellantes de pajillas de oro ó plata, ó bien constelados de estrellas de nácar, y si no, humedecidos de rocío en perlas de cristal.

Todo lo que brilla salta á la vista.

Nada recuerda tanto los cuentos de las *Mil y una noches* como los mostradores donde se discuten y eligen esas inmensas olas de gasas sembradas de oro, plata, felpilla y florecitas de mil colores, y los cristales á través de los que se desplazan los caprichosos y artísticos dibujos del mas fino encaje reflejado en un espejo de raso ó terciopelo.

¿De qué medio me valdría para citar todos esos tejidos, diáfanos como los vapores de una bella no-

che de estío, y las suntuosas sederías que se ostentan á su lado? ¿Contamos acaso las estrellas que nos deslumbran con sus reflejos y oscilaciones?

Veamos dos trajes de salir.

Uno de tafetan *blondine* adornado de una guarnición morisca de galones y pasamanería con borlas que sujetan los pliegues á cada paño, y un traje Emperatriz de tafetan gris lila, cuya guarnición, remontando por delante hasta media falda, describe por detras manto de corte.

Merece mención un traje de baile que recordaba un efecto de nieve de los Alpes. Era de raso gris perla bordado de bieses de raso blanco con túnica gris perla recortada en almenas de raso blanco.

Consultad, queridas lectoras, si en los prendidos que trazo con mi pluma encontrais el que habeis soñado.

Uno describiendo quebraduras de terciopelo rosa con penacho de yerba doncella en nácar y follaje escarchado, de donde se escapa una larga pluma de lila blanca.

Una diadema imperial en terciopelo azul con mazorca de rosas, follaje nacarado y matorral de plumas blancas.

Un prendido de tul Malines rodeando la cabeza y formando puff sobre la frente, con un grupo de volúbilis azules y yerbas de centellas de oro.

Otro de terciopelo cereza encañonado con mariposa nacarada y ramillas de verónica formando *marabouts*.

Todos ellos trascienden un perfume de juventud.

Como sombrero que data de ayer, uno de crespon blanco cubierto de un sembrado de perlas de cristal con puff de pluma de saphofore, reteniendo otra de pelícano. Al borde del ala, Emperatriz en perlas de cristal descendiendo sobre una diadema de terciopelo verde amazorcada de violetas blancas.

Hay furor por las franjas de perlas.

Las hay blancas y negras mezcladas, terminadas por borlas de canutillo nacarado; franjas en perlas de cristal y en vidrio hilado.

Se forma la lluvia y el buen tiempo... en pasamanería, con el mejor éxito.

Ademas de las franjas de perlas tenemos el fleco de felpilla blanca con olivas de seda blanca ó de color.

Y el fleco Chivet con *panouffles* en vez de borlas.

La pasamanería de oro se cuenta en el número de las glorias artísticas.

El bricho, sin embargo, llama menos la atención que la colección de mariposas de encaje para guarnecer vestidos y abrigos de baile.

Lo mas encantador que tiene la moda son los velitos.

Vamos á ver el medio de estar fea con un velito perlado de azabaches.

Ó con otro veneciano formando patas de mosca sobre el rostro.

Ó con uno á motitas de felpilla encajonado en felpilla ó en azabaches.

Y si no con otro sembrado de perlas de cristal ó de canutillo blanco, terminado por una franja de idem ó por un fleco de perlas de cristal.

La forma estrecha de las mangas ha producido un trastorno en la lencería. Los nuevos modelos poseen una distinguida originalidad, que hacen trascender de una legua la dama elegante.

Nada parece tan *Marquesa* como la *toilette Refereudaire* en tela, con guirindola de bordado y valenciennes. Las mangas se componen de un bordadito y una pequeña chorrera en conexión con la del cuello.

La *parure* (mangas y cuello) en tela, tambien se lleva con éxito. Las mariposas en valenciennes ó punto están incrustadas en la tela á cada esquina del cuello y sobre el lado superior de cada manga.

Pero lo que forma género en toda la acepción de la palabra es la *parure* Dubarry y la guimpa Pernavan.

La primera se compone de una corbata de terciopelo negro ilustrada de flores de aplicacion: favorece mucho. Las mangas tienen una corbata igual sustituyendo al puño.

Con respecto á la guimpa Pernavan, se ostenta con las chorreras de nuestros abuelos, sea en valenciennes ó en Malines.

El éxito universal de la enagua titulada Imperio trastorna todas las demas. Existe una sola que tenga privilegio, y es la del fabricante *Bienvenu*, única que puede con derecho llevar este nombre. La enagua Imperio decreta que sea cortada por los lados, y que, á manera de vertiente, pueda desinflarse á voluntad.

Esta enagua constituye el edificio del traje. Puede ser tan sencilla y elegante como se desee, sea en tafetan blanco, cachemir, popelina, alpaca blanca, namouk, brillante, muselina, ó tul-guipure, con adorno ó sin él.

Hay quien desea saber si con el *foulard* se pueden confeccionar trajes para vestir, ó si solo sirve para *semi-toilette*. Esto depende del color, de la calidad, y sobre todo del adorno. El *foulard* blanco reproduce igualmente trajes de *soirée* que de interior. Sobre los de baile se colocan adornos de terciopelo y franjas de canutillo blanco, y en los de interior una vuelta de *foulard* de color depasando el blanco.

Remito al número próximo el hablar de los pañuelos y de la perfumería del mundo elegante.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

TRAJES DE CALLE Y DE INTERIOR.

Primera figura. Bata de casa en cachemira azul, forma Luis XV: tiene tres gruesos pliegues en la espalda, pegados á la pelerina, cuadrada, que está rodeada, igualmente que toda la bata, de una banda bordada, dibujo de la India, y al borde un encañonado de cinta. Mangas de codo y bolsillos guarnecidos en el mismo género. Enagua adornada con tres volantes encañonados, guarnecidos de una puntilla de valenciennes, y en lo alto un entredos cubriendo la pegadura. Cuello y mangas guarnecidas de valenciennes, y gorra de valenciennes adornada de cintas estrechas.

Segunda figura. Vestido de raso color marron, para una señora de edad, adornado con tres rulós de astracan negro. El ruló de abajo remonta por delante de cada lado, dejando en medio un espacio liso, sobre el cual van colocados una serie de lazos de cinta de raso. Redonda de igual tela que el vestido, rodeada de astracan. Manguito de lo mismo. Sombrero de terciopelo imperial con punta María Stuardo y bavolet de terciopelo liso: bridas de raso.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.



LA VIOLETA

Ayuntamiento de Madrid

Redacción y Administración

